

Las sombras invadían poco á poco la ciudad. Bajaban de las montañas; surgían de los barrancos; salían de los bosques; corrían por las llanuras, y se precipitaban en tropel por los callejones. Timidas y cautelosas se detentaban allí, un instante nada más, y luego avanzaban presurosas hacia la plaza. Brilló en el río la última ráfaga de luz; la verdosa claridad del viento se tornó en un vago reflejo de color de violeta, ennegrecióse el valle, y llegó la noche.

—Así,—pensaba yo,—así se van las alegres ilusiones; así se desvanecen las más risueñas esperanzas. La vida es un perpetuo dolor. Lo pasado nos entristece con el recuerdo del bien perdido; en lo presente no encontramos la dicha; lo porvenir nos llena de espanto.

—Será cierto que el dolor es el triste patrimonio de la misera humanidad? Será cierto que no es posible la realización de nuestros más nobles deseos? Malogrense norabuena los planes del malvado; dispense como la niebla los proyectos del perverso; pero ¿por qué han de ser inútiles y vanos todos los pensamientos generosos, todas las desinteresadas aspiraciones de la juventud? Será cierto que la maldad nos acecha por todas partes? Será verdad que el vicio se disfrazó con el blanco traje de la virtud, y que la flor más bella está comida de gusanos? Si es una verdadera miseria vivir en la tierra, no es mejor morir cuando aún no hemos probado las amarguras de la vida?

—Y me dí á pensar en mi suerte. Me ví sólo en el mundo, sin padres, sin parientes, sin amigos. ¿Quiénes me amaban? Dos ancianas que estaban, sin duda, á orillas del sepulcro; un pobre médico, rendido al peso de los años; un maestro de escuela, enfermo y miserable; una niña desgraciada, huérfana, condenada á padecer. La desdicha y el infortunio nos habían juntado, y serían siempre nuestros compañeros.

—A veces me sentía dichoso, feliz; aleateaban en mi alma las mariposillas de la ilusión; me sonreía la esperanza, y soñaba yo con auroras primaverales y venturosos días. Y ¿qué era todo eso? Delirios, fantaseos, locuras de muchacho que no sabe nada de la vida. ¡Ah! Si me fuera dable matar en mí esta voluntad siempre activa, siempre inquieta. . . . No buscar la felicidad, huir del dolor.

Entregado á estas ideas pasó largo rato, cerrados los ojos, de codos en la roca, ocutto el rostro entre las manos. Había obscurecido, y era preciso volver á la ciudad. El case río estaba iluminado y el firmamento tachonado de luceros. Un fulgor de plata inundaba el horizonte, y allá tras los picachos de la Sierra, surgía la luna llena, espléndida y magnífica.

XLVII

A las cuatro de la tarde ya todo estaba listo. Tía Pepilla arregló mi petaca en dos por tres, y concluida la faena, me dijo cariñosamente, echándome los brazos:

—Rorró. . . . ¿no vas á despedirte de tus amigos?

—Amigos?

—Sí; el Doctor, tu maestro, Ricardito Tejada. . . .

—Sí, iré, es natural. . . . tiene vd. razón. Pero no verá á Ricardo. . . .

—¿Por qué, Rodolfo? Te quiere mucho, desde niños fueron amiguitos. Si tu vieras. . . . Cuando estabas en el Colegio, siempre que venía á vacaciones, ó de paseo, no dejaba de visitarnos. Y nos decía: "Doña Pepita: yo quiero mucho á Rorró, mucho; somos muy buenos amigos; siempre andamos juntos. ¿Necesita algo? Yo se lo doy. ¿Yo lo necesito? El me lo da. ¿Como dos hermanos!"

—Pero, tía: ¿No ve vd. que no viene á verme, ni me busca? ¿Cuántas veces ha venido?

—Sí, eso es cierto; pero la verdad es que no ha estado aquí. Su mamá me dijo que en Pluviosilla tiene unos parientes con quien

ha pasado todo el mes. Vas á visitarlo. . . . ¡Antes tan amigo y ahora. . . . Mira, vas; irás porque yo te lo ruego. Sus padres han sido muy buenos con nosotros. ¿Verdad que irás?

—Tía: ¿para qué he de mentir? No.

—¿Por qué, dime, por qué? ¿Han tenido ustedes algún diagnóstico?

—No, tía; pero no es decoroso que yo le busque, cuando él se muestra conmigo desdichoso y frío.

—No insistió la anciana; sospechó, sin duda, que motivos muy justos me obligaban á no visitar á mi amigo, y se limitó á decirme:

—Buena; será lo que tu quieras. . . . pero no dejes de ir á la casa de don Orisanto, no dejes de ver á don Román. . . .

—¡Iré, iré de mil amores!

El Doctor no estaba en su casa. Le encontré en la calle, cerca de la Parroquia, y hablémosle largamente.

—¿Te vas mañana? Me alegro; es preciso que salgas de aquí. Comprendo lo que ha pasado; todo lo sé; en la Botica me lo dijeron todo. Yo hablaré con Castro, y le diré cuántas son cinco. Nada de eso me ha causado extrañeza; me lo esperaba yo. Por eso te recomendé que no dijeras nada, y te dije: "¡Oh-tón!" Así es Castro Pérez. Se le ha metido en la cabeza que el Sr. Fernández le quita todos los escribitos, cuando el buen señor es incapaz de semejante cosa. Además, quiere que le sirvan de balde; no paga debidamente á quienes le sirven. No te apenes, esa murmuración es aquí común y corriente, y nadie para mientes en ella. . . .

—Sí; pero temo que el Sr. Fernández desconfíe de su nuevo empleado. . . .

—Tienes razón. ¡Calma, muchacho, calma! A fin de semana estaré en la hacienda; iré á ver al niño, á ese pobre chiquillo que está muy delicado, y entonces, delante de ti, arreglaremos eso. Nada tengo que decirte. Visitaré á tus tías, cuidaré de ellas. . . . Puedes irte tranquilo. Ya veras que bien te va. . . . ¡Adios, muchacho; dame un abrazo, y que Dios te bendiga!

Don Román me recibió cariñosamente, como de costumbre.

—¡Gracias á Dios! Me duele en el alma que te vayas; pero, ¿no es cierto que de cuando en cuando vendrás á visitarme? Eres mi único amigo. ¿Qué me hubiera dicho que tú, el chiquitín que yo conocí de este tamaño, que cabía en un azafate, sería mi amigo? Ya sabes cuánto te quiero, y cuánto te estimo, y los buenos ratos que pasamos aquí, charlando de mis cosas y de las tuyas, de mis tristezas mortales y de tus alegres esperanzas, de tus penas de niño y de mis desengaños de viejo. . . . Sí, me apena que te vayas. Ya me acostumbré á verte por aquí. . . . Oye: ¿se me olvidaba! ¿quieres tomar chocolate? Con franqueza. . . . si quieres. . . . llamaré á María para que te haga el chocolate? ¿No? Pues tú te la pierdes. Ven á visitarme, aunque sea de cuando en cuando, y un ratito, para que no digan las tías que te alejó de allá. Sí, ven; mira que el mejor día, sabrás que me dió un supurítico y estoy de muerte, ó enterrado, y que no volverás á ver á tu maestro. Tú no quieres creer que ya estoy viejo. Pues, hijo mío, nada más cierto! Las piernas están más débiles cada día; la cabeza no anda de lo mejor. . . . ¡Ya es tiempo! A mi edad todo es de cadencia.

El pobre anciano me dirigía una mirada tristísima, tenía húmedos los ojos, y le temblaba la voz. Traté de consolarle, y él me interrumpió:

—¿Tú que has de decir? Me quieres, me amas, me respetas, y deseas consolarme. ¡Gracias, hijo mío! ¡Gracias! Resignate con la voluntad de Dios. El vela por sus criaturas. Recibe humildemente cuanto él te mande; mira que no se mueva la hoja del árbol sin la voluntad de Dios. El hombre no puede explicarse por qué padece y llora; pero no hay mal que por bien no venga. El Sr. Fernández es muy fina persona. . . . Sírvete con empeño, procura agradarle. . . . Estoy seguro de que sabrá estimar tus buenas cualidades. Me alegro, me alegro de que te vayas. He observa-

do que el amor á las letras, que es en tí tan vivo y constante, como lo fué siempre en este pobre viejo, suele quitar á las gentes el sentido práctico. Los literatos no entienden sino de libros, de su arte, y no sirven para otra cosa. Déjate un poco de versos y libros, y aplícate al trabajo. Serás más feliz que yo.

Don Román me abrazaba, y me acariciaba la frente, apenado y conmovido.

—¿Cuándo te vas? ¿Mañana? No podré ir á decirte adios. . . . Te vas á caballo? ¡Cuidado, niño! Mira que esos animalitos suelen hacer de las suyas cualquier día. Pero, en fin, si sales buen jinete, como tu padre, no hay que temer por tí. . . .

Quando llegué á mi casa, á eso de las siete, me entregaron una carta del Sr. Fernán dez:

—Mañana,—decía—á las seis en punto irá por vd. mi caballerango. Si trae vd. algún bulto mándelo á mi casa para que á medio día se lo traigan los arrieros.

Andrés estaba en la sala con mis tías. Al verme, exclamó:

—¡Aquí está el campirano! Ya lo verán ustedes mañana qué plantadote, con el sombrero charro y el pantalón café!

Y me tomó del brazo y me llevó á mi cuarto.

—¡Vaya! Aquí está todo. Me parece que todo está bueno. Mira: qué bonito salió el pantalón. La chaqueta y el chaleco no pueden ser mejores. . . . El sombrero. . . . Vamos, qué dices del sombrero? Está decentito. Tú lo quisieras galoneadote. . . . Ya lo comprarás así. Ahora, toma. . . . Mi manga de hule. . . . Las gentes de campo la necesitan mucho. Este jorongo es para que te lo pongas cuando haga frío. . . . Es fino, de muy buena clase. ¿Te gusta? Te lo regalo yo. . . . Para tí lo compré hace mucho tiempo, cuando eras catrin, y por eso no te lo dí. Ahora te servirá. Te falta una pistola. . . . pero tus tías no quieren que andes armado. Aquí la traigo; escondela, y mañana mira lo que haces para que no te la vean. La pistola es necesaria. . . . causa respetillo, y á un hombre armado no se le atreve cualquiera. Allá con los mozos no estarás de sobra; que te la vean, para que no te falten al respeto. Hay gente mala. . . . eres muy muchacho, y bueno es que sepan que tienes con qué defenderte! Ponte la ropa; vístete de charro; quíetro verte, porque mañana no podré venir. . . .

Quise darle gusto, y procedí á mudar de vestido. Andrés me ayudó. Pronto estuve listo. Zapato vaquerizo; estrecho y bien corado pantalón; chaquetilla gentil; sombrero bien ladeado; y jorongo al hombro.

—¡Buena facha! ¡Eso es! ¡Bien plantado! Pero. . . . ven, para que te vean tus tías!

Echóme el brazo y me condujo hacia la sala. Al entrar, exclamó:

—¡Aquí está el hombre! Vamos á ver: ¿qué le falta?

Tía Pepilla sonreía regocijada, la enferma me veía apena la y triste.

XLVIII

Faltaban pocos minutos para las cinco cuando desperté. Ya señora Juana andaba por la cocina disponiéndome el desayuno. Tía Pepa no se iba aún de sus habitaciones.

El sur soplabá furioso, y la campanita chillona de San Francisco sonaba alegtamente, llamando á misa.

Me vestí el famoso traje de charro, cerré el ropero y salí al comedor. La tía Pepilla me detuvo.

—Rorró. . . .

—Buenos días, tía. . . .

—¿Me haces un favor?

—Mande vd.!

—Coge el sombrero y corriendito te vas á oír misa. Oye, están llamando; es la misa del P. Solís, que es ligera. . . . Anda, ve, pídele á Dios que te vaya bien!

Obedecí á la anciana, corrí al templo, y oí la misa muy devotamente. Media hora después estaba yo de vuelta. Cuando llegué los caballos me esperaban á la puerta. El criado se adelantó y descubriéndose me dijo:

—Vd. es el señor que ha de ir á la hacienda?

—Sí.

—Pues. . . . ya están listos los caballos. Quando vd. lo disponga. . . .

Entré y desayuné muy de prisa, sin apetito, abatido, silencioso. Tía Pepa se sentó á mi lado. Trataba de animarme, y hacía un esfuerzo para disimular su pena.

Llegó la hora de partir. No quise irme sin decir adios á la enferma. Aun estaba en el lecho la pobrecilla. Al verme sonrió tristemente.

—¿Ya te vas?—murmuró con voz muy trémula.

—Sí, tía;—le contesté, abrazándola—ya es hora de irnos; ya dieron las seis y me están esperando. . . .

—Bueno. . . . vete, y que Dios te bendiga! Escribe luego que puedas. Salúdame de nuestra parte al Sr. Fernández, y á la señorita. Escribe con frecuencia. Apaso tengas que tratar con los mozos. . . . Te encargo mucha prudencia, mucha seriedad. . . . Vamos, dame otro abrazo, y que Dios te lleve con bien!

La pobre anciana tenía los ojos arrasados en lágrimas, y hacía grandes esfuerzos para aparentar calma y serenidad. Tía Pepa nos miraba y sonreía tristemente. Abracé á la enferma, le dí un beso en la frente, y salté de la estancia. Me puse al cinto la pistola, dije adios á mi casa, y á mis libros, mis buenos amigos, mis cariñosos compañeros, y me dirigí á la calle. Mientras el mozo arreglaba la silla y ataba á la grupa la manga y el jorongo, salió mi tía Pepa, y tras ella señora Juana.

—Vamos, hijo mío, no me dices adiós? ¿Te olvidas de mí?

—No, señora, cómo!

—¿Cuándo vendrás?

—No sé. Acaso dentro de ocho ó quince días.

—¿No me haces ningún encargo—me preguntó entre llorosa y risueña.

—Sí, tía. La ropa limpia. Con ella el traje nuevo.

—¿Y nada más?

—Nada más. ¡Ah! Si escribe Angelina mándeme vd. las cartas. Las mete vd. en otra cubierta. A mí buen Andrés muchas cosas. Y adios, tía, que no hay tiempo que perder. . . . Vaya, un abrazo, señora mía. Otro á vd., señora Juana. Cuide vd. mis pájaros y mis flores.

Monté á caballo y eché á andar. El criado, un mancebo vivaracho y listo, me miraba de hito en hito, como si dudara de mis aptitudes para la equitación. Quando puse el pié en el estribo sonrió maliciosamente. Sin duda decía para sí:

—Esto es un cachalete. . . .

Me avergoncé. El mancebo me seguía á corta distancia. Tomé por las calles más apartadas y solitarias, temeroso de que las gentes me vieran á caballo. —Charrito de barro, charrito de agua dulce;—dijian—de cuando acá.

La idea de que podía yo ser objeto de risas y de burlas me atormentaba cruelmente. Ya me parecía oír á los murmuradores villaverdinos en la botica de don Procopio.

—¿Sabes ustedes la gran noticia?

—¿Cuál?—preguntarian en coro Ricardo, Venegas y Ocaña.

—Gran noticia! Asómbrense: ¡Rodolfo á caballo! Yo lo he visto; lo hemos visto nosotros. . . .

—¿Y qué tal?

—Mala facha y mala ficha. Muy vestido de charro, tamaño sombrero, y al cinto una pistola que parece un cañón!

Por fin me vi fuera de la ciudad, al principio de aquel camino por donde pasé diez años antes acorrajado y lloroso, una fría mañana del mes de Enero. Recordé aquellos días amargos en que por primera vez me alejé de los míos, niño tímido y medroso, en quien cifraban sus tías las más risueñas esperanzas. ¡Cuán distinto me pareció el camino! Entonces se ví ancho, anchísimo; ahora angosto como una vereda montañesa. Entonces miraba yo en el último término del viaje una ciudad

populosa, brillante, de todos alabada, para todos alegre y festiva, hasta para el niño que con los ojos llenos de lágrimas y con el corazón hecho pedazos acababa de salir de la casa paterna. Ahora. . . . ¿á dónde iba yo? A ganar en ajena morada, entre desconocidos y extraños, un pedazo de pan. ¿Cuántas ilusiones malogradas! ¿Cuántas esperanzas desvanecidas!

Ni la hermosura del paisaje, ni el aspecto incomparable de las montañas coronadas por el Cifaltepétl con brillante como de nieve, ni la belleza sin igual del Pedregoso que corría gárrulo y cantante distrayeron mi mente y auyentaron de mi alma la tristeza. . . .

Pocas horas después me apeaba yo á las puertas de la hacienda. Estaba yo en Santa Clara. . . .

(Continuará.)

LAS DOS ESPADAS.

Las costumbres varían como los trajes, pero las pasiones son siempre las mismas como los hombres. Prueba al canto.

Allá por el año de 1405, el caballero Felipe de Longchamp pasaba las noches sobre el tapeto, entre dados, naipes y botellas.

Quando el licor trastornaba su cabeza no había palabra, por suave y comedida que fuese, que le sonase bien al oído.

De aquí el origen de sus frecuentes duelos y pendencias, siendo tan afortunado en estos lances como desgraciado en los azares caprichosos del juego y sus secretos.

Quando se entregaba á su pasión favorita, la fiebre le hacía olvidar el tiempo trascurrido, mientras allá, en el fondo de su hogar, la pobre esposa le esperaba inútilmente, horas tras horas, entre angustias continuas y mortales. Pasaba las veladas eternas llorando sin consuelo, asomada á los balcones de su castillo solitario.

Al sentirse madre, creyó la señora de Longchamp que su esposo morigeraría su conducta. Pero la buena señora había confundido la esperanza con la dicha al estrechar entre sus brazos al recién nacido.

Desde los primeros días los dandos, los amigos, el amo y los sirvientes todos se gozaban en reconocer en aquel niño el vivo retrato de su padre.

Este parecido no hacía del todo feliz á la madre. Guido sería sin duda un caballero como Felipe; pero ¿sería también su retrato en lo demás? Es lo que tenía al observar los rasgos de su fisonomía, y que teniendo su misma frente y los ojos idénticos á los del padre, no tuviera también sus mismos defectos ó idénticas pasiones.

Una mañana trajeron á Felipe de Longchamp herido y moribundo, tras de un duelo. Una hoja fina y acerada había encontrado la juntura por donde debía entrar hasta el corazón á través de la cota de malla del caballero de horea y cuchillo.

Apénas se divulgó la noticia de su muerte, empezó á revolotear en torno del castillo, como una bandada hambrienta y fatídica, la turba de los herederos de Longchamp, temerosos de que la vinda colocase el porta-monedas y las llaves sobre el feroéto. Esta ceremonia significaba entonces que se renunciaba á la herencia y á las deudas del difunto.

Acreeedores y sirvientes ignoraban las intenciones de la vinda de Longchamp. Sólo se sabía que, al acercarse al caláver de su esposo, había tropezado con la espada, que había quedado apoyada sobre el respaldo de su silla; que la había recogido, y lívida como la muerte había exclamado con horror:

—¡Llevadla y escondedla en donde jamas pueda encontrarla en mi camino!

No quería que esa espada fuese, como la de todo buen soldado, una reliquia sagrada que los hijos recogían en su día para defender el suelo de la patria amenazada por el extranjero. Y tenía razón. Esa espada se había rojeado con sangre inútil y fratricidamente

derramada, y la madre no quería que el hijo tuviera que sonrojarse al recordar y leer en la hoja homicida la historia y el castigo de su padre.

II

Contra el consejo de los suyos, la señora de Longchamp no depositó el porta-monedas y las llaves sobre el feroéto de su esposo. Pagó religiosamente todas sus deudas, hasta sacrificar una parte de su propio peculio; pero esto nadie lo supo sino ella y Dios.

Conforme á los usos de aquel tiempo, pasó largos meses sin traspasar el umbral de la puerta del castillo; ocultó sus cabellos rubios como el oro y suaves como la seda, bajo una especie de toga religiosa; trocó sus trajes de gala por el luto de la viudez, y no pensó desde entonces sino en vivir para su hijo.

Una mañana, algunos días después de la muerte de D. Felipe, penetró en la alcoba de la nodriza y encontró á su hijo solo. Era la primera vez que lo veía sin testigos.

Se inclinó sobre la cuna, lo tomó en sus brazos y lo besó mil veces con sus lágrimas. Después entreabrió la ventana, inundándose luego de luz la estancia con los primeros rayos del sol de la mañana. Quería leer el porvenir de su hijo en las líneas de sus facciones infantiles.

Reconocía en ellas los rasgos de su padre: aquellos ojos negros, rodeados de pestañas y cejas rubias, pero que más tarde cambiarían de color, aquellos cabellos finos, aquella frente, aquella boca, eran ciertamente los mismos suyos.

Largo tiempo le estuvo contemplando, cada vez más inquieta y aterrada con el parecido, sintiendo para ella, del hijo con el padre.

Pero había hecho el juramento formal de preservarlo, de salvar á su hijo de las malas compañías, de inspirarle cada día más horror por la carrera de las armas.

Y apénas el niño empezó á querer andar y balbucear las primeras palabras, fué aficionándole á los juegos femeniles, no lo dejaba desprenderse de su lado, y evitaba cuidadosamente que pudiera mezclarse con los hijos de las familias amigas y vecinas.

Pero un día—tendría entonces el niño cinco años y medio á lo sumo—le sorprendió la madre en actitud de luchar, espada en mano, con un árbol. La espada era de palo, groseramente labrada, pero la manejaba con impetu y soltura. Era una promesa que revelaba, desde temprano, al hijo del soldado. Más de una madre se hubiera sonreído en circuncias parecidas; pero la señora Longchamp se sintió contrariada y no vió en ese detalle sino el despertar de la sangre del padre y de sus instintos.

Guido, entusiasmado con el ataque belicoso, al notar la presencia de su madre, dijo: —Mamá, mira mi espada. Es de palo, pero cuando sea hombre he de tener una de acero. . . .

—Tú no has nacido para las armas,—le replicó la madre sin poderse dominar.

—¿Y por qué así?

—Porque tú te debes á tu madre. Tú eres para mí todo el mando. Por consiguiente, debes cuidarla y vivir siempre á su lado para ayudarla.

El niño no contestó y bajó los ojos con tristeza.

—¿Te gustaría ser soldado? ¿De qué te serviría manejar una espada, hijito mío?

Guido levantó en el acto sus ojos y le dijo: —Me serviría para arrojar á los ingleses de mi tierra.

La voz vibrante del hijo despertó el alma de la noble patria, que dormía en el corazón aletargado de la madre.

—Y bien: si sólo la emplearas para eso, yo misma te la regalaré cuando llegues el día y puedas hacerte cargo de lo que dices.

La madre abrazó orgullosa á su hijo y lo besó en la frente, retirándose en seguida para disimular el llanto que asomaba á sus pupilas.

Por la noche, cuando el niño se hubo acostado, le preguntó de donde había sacado aquella espada de madera, y supo que se la